

á la humanidad matando al hombre, y del mismo modo procede la sociedad cuando sentencia á Juan, pues sólo así podemos esperar que se extinga esa raza de tontos que de propagarse nos volvería al estado salvaje.

«La tristeza fatídica de la dolora, — dice M. Quesnel, — no es todavía, como todos los estados de conciencia de la humanidad, más que un estado transitorio.

»Vendrá un día en que el hombre, mirando nuevamente más allá de las leyes de la materia, entonará por la milésima vez su canto de triunfo.

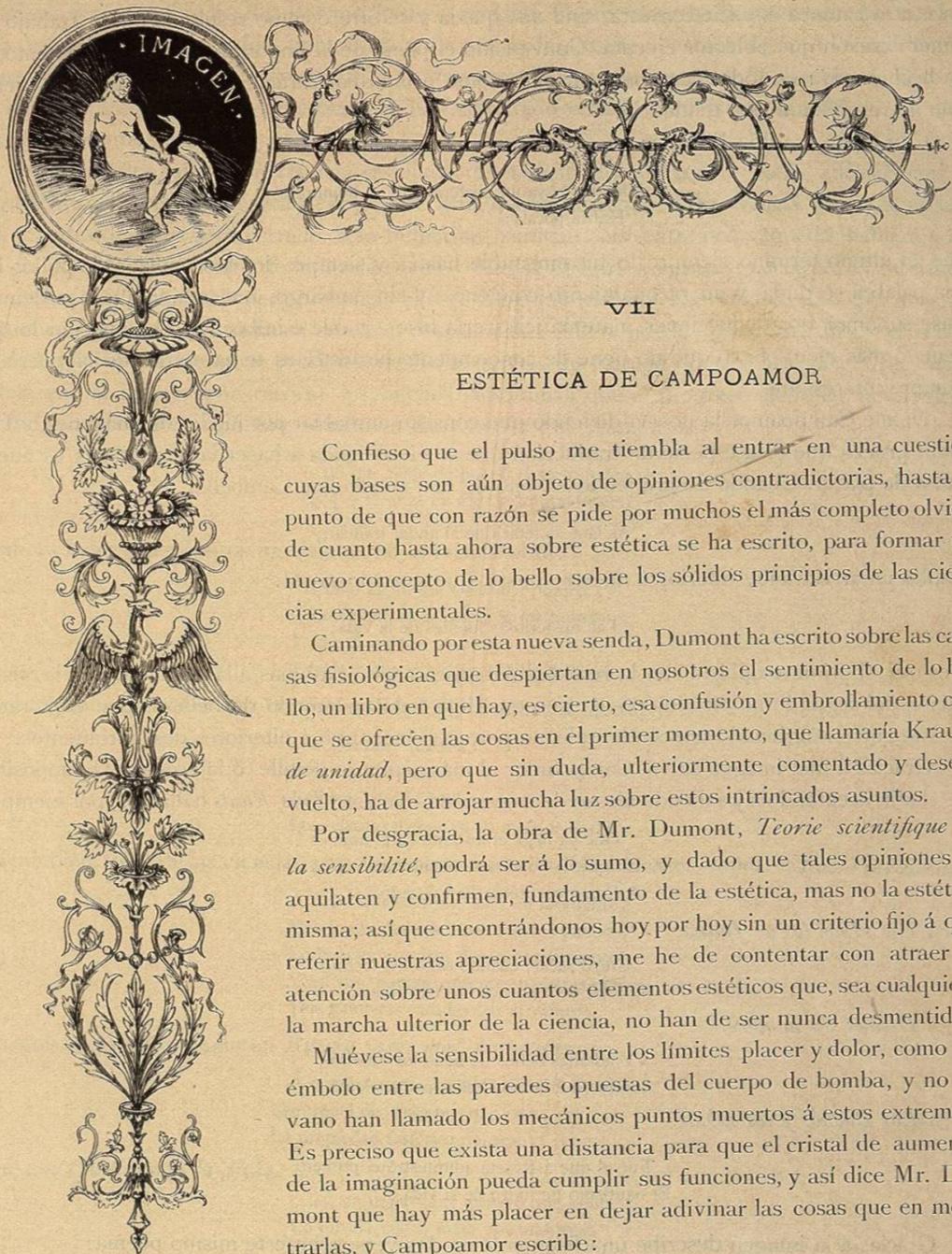
»Ya es un indicio la tranquila resignación que Campoamor ha traído al escepticismo».....

Sucedirá efectivamente lo que M. Quesnel anuncia. Whitman, oponiéndose á Hartman, ya lo deja ver, satisfaciendo así á esa gran ley histórica de Vico, en virtud de la cual pudiera decirse que en la interminable serie de acciones y reacciones, la humanidad, como un péndulo, pasa por el punto de equilibrio con sobrada velocidad para detenerse en él; y así avanza hacia el otro lado, y su propia inercia le empuja para que siga adelante, cada vez que se acerca á esa posición de indiferencia igualmente separada de los extremos de la trayectoria.

Por fortuna, la amplitud de las oscilaciones decrece y el cabeceo de la nave parece menos violento.

El hombre entonará una vez más su canto de triunfo y otra vez responderá á esta carcajada un grito de dolor..... y sin embargo una y otro son igualmente absurdos, porque

¿Y qué son bien ni mal, placer ni duelo,  
Más que cosas fugaces cual la vida?.....



VII

ESTÉTICA DE CAMPOAMOR

Confieso que el pulso me tiembla al entrar en una cuestión cuyas bases son aún objeto de opiniones contradictorias, hasta el punto de que con razón se pide por muchos el más completo olvido de cuanto hasta ahora sobre estética se ha escrito, para formar un nuevo concepto de lo bello sobre los sólidos principios de las ciencias experimentales.

Caminando por esta nueva senda, Dumont ha escrito sobre las causas fisiológicas que despiertan en nosotros el sentimiento de lo bello, un libro en que hay, es cierto, esa confusión y embrollamiento con que se ofrecen las cosas en el primer momento, que llamaría Krause *de unidad*, pero que sin duda, ulteriormente comentado y desenvuelto, ha de arrojar mucha luz sobre estos intrincados asuntos.

Por desgracia, la obra de Mr. Dumont, *Teorie scientifique de la sensibilité*, podrá ser á lo sumo, y dado que tales opiniones se aquilaten y confirmen, fundamento de la estética, mas no la estética misma; así que encontrándonos hoy por hoy sin un criterio fijo á que referir nuestras apreciaciones, me he de contentar con atraer la atención sobre unos cuantos elementos estéticos que, sea cualquiera la marcha ulterior de la ciencia, no han de ser nunca desmentidos.

Muévese la sensibilidad entre los límites placer y dolor, como un émbolo entre las paredes opuestas del cuerpo de bomba, y no en vano han llamado los mecánicos puntos muertos á estos extremos. Es preciso que exista una distancia para que el cristal de aumento de la imaginación pueda cumplir sus funciones, y así dice Mr. Dumont que hay más placer en dejar adivinar las cosas que en mostrarlas, y Campoamor escribe:

Ten siempre con un manto  
Velados tus encantos pudorosos;  
Porque en cosas de encantos misteriosos,  
Perdido ya el misterio, ¡adiós encanto!

El amplio desarrollo que se ha dado en la escuela de Campoamor á este elemento estético no tiene precedente. Esa rápida ojeada á lo general que, según hemos visto, caracteriza á la do-

lora, no va nunca explícita en ésta, sino que queda y se ofrece como resultado de un trabajo de generalización que el lector ejecuta. Convencido el poeta de la importancia de este elemento, lo ha hecho entrar en todas sus composiciones como primordial carácter, y no hay un solo verso que no responda á esta tendencia.

Con razón escribía Becquer que

Mientras haya un misterio para el hombre,  
Habrá poesía;

que en último término siempre lo incontestable hastía, y siempre lo desconocido impulsa. De una palabra se duda, y un razonamiento convence; y sin embargo, una mujer que nos demostrase su amor por deducciones matemáticas sería insoportable é imbécil; y el amor, por lo que tiene, ó más bien, por lo que no tiene de conocimiento perfecto, es tema eterno de la poesía, y siempre interesante.

Define Campoamor la poesía diciendo que consiste en hablar por medio de imágenes, y Dumont prueba que esta especie de traducción que se ve obligada á hacer la inteligencia es nueva causa de placer. Cuando describiendo el seno de una mujer dice Camoens:

As lacteas tetas que al andar tremian,

resulta un artista muy inferior á nuestro poeta, que se expresa así:

Las misteriosas fuentes de la vida;

y es que el primero aplasta con la realidad del objeto, y no hay más allá; en tanto que la observación del segundo no termina en sí, sino que deja todo un mundo de bellezas por explorar, y es este entrecerrado trascendentalismo perpetuo incentivo á ulteriores descubrimientos.

Gracias á una imagen salva Campoamor el más espinoso detalle, ó la escena más imposible de eludir, aceptándola y saliendo airoso de su empeño. En *Las Tres Rosas* hallamos, por ejemplo,

Que ya llega el instante de la hora  
En que se hunde ese puente que separa  
Á Eva inocente de Eva pecadora;

y en *Los Amoris de Juana*:

Creyó sacar, cuando saltó del lecho,  
Su ropa de inocencia hecha jirones;

y en *Dichas sin nombre*:

Y además llenos de heno los cabellos,  
Aunque no, como Ofelia, por ser loca;

ó en *Los Buenos y los sabios*:

Fué el que á Roseta administró el primero  
El bautismo de fuego de la vida.

Gracias á la imagen describe una fisonomía en dos versos, en este mismo poema:

. . . . . una faz que parecía  
Conservada en espíritu de vino;

ó un carácter moral, cuando dice en *Los Buenos y los sabios*:

Un cura, que llamaba con tristeza  
Su camisa de fuerza á la sotana.

Sería interminable la cita. Por medio de la imagen, Campoamor ha hecho asunto poético las más áridas abstracciones de la metafísica; y es que la literatura, al atraer hacia sí las corrientes científicas y alimentarse de sus verdades incontrovertibles, sin adoptar de la ciencia el método severo que preside á sus investigaciones, ha encontrado en ella medios de amplificar todavía más el elemento estético de que me ocupo.

Dejando á los sabios concretar el resultado de sus estudios en tres ó cuatro afirmaciones ó negaciones, el artista alcanzará su objeto por camino distinto: que al fin, ciencia y arte, como las dos mitades de una curva cerrada, sólo tienen en contacto sus extremos: aquélla hablará á la sensibilidad por intermedio de la inteligencia, y éste se dirigirá á la inteligencia por el intermedio de la sensibilidad. No seca la ciencia el corazón como piensan los tímidos; sino que abre al sentimiento nuevas esferas hasta entonces desconocidas. Allí donde la lógica del sabio se estrella, allí la intuición del artista se precipita; desdeña el paso de tortuga de la investigación racional, y deja que la imaginación recorra los anchos panoramas que el progreso científico desarrolla.

Así, Campoamor juzga una escuela en *Los Amoris de Juana*:

Lo que tiene de bueno el platonismo  
Es que alcanza en Platón lo que desea;

ó esboza con cuatro rasgos un sistema en la misma obra:

Como algún día Condillac, opina  
Que el tacto es la razón de los humanos,  
Y que el mundo termina  
Donde acaba el alcance de las manos;

ó, en fin, ilumina con su luz las profundidades del alma, al decir:

Y por raro que sea,  
El corazón humano  
Es como el yo Fichtiano,  
Que cuanto piensa en su interior lo crea.

Así también, toma de las ciencias naturales pensamientos delicadísimos, como en *Las Tres Rosas*:

Te ví una sola vez, sólo un momento;  
Mas lo que hace la brisa con las palmas,  
Lo hizo en nosotros dos el pensamiento,  
Y así son, aunque ausentes nuestras almas,  
Dos palmeras casadas por el viento;

ó rasgos ingeniosos, como en *Buenas cosas mal dispuestas*:

Á cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso,  
Ese tropel de imágenes que crea  
La propiedad fosfórica del seso;

y en *Los Caminos de la dicha*:

..... un inglés muy grosero que bebía  
Lo mismo que si fuese una ambrosía  
Un fermento de lúpulo y cebada;

ó, por último, se abisma en deducciones grandiosas, como en *El Origen del mal*:

Y resultó pecado la belleza;  
el poder, tiranía;  
un horror á la especie la pureza;  
y el grande amor á Dios idolatría.

Claramente se ve que la frase — que define el Diccionario «locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa» — ha de tener en la poesía campoamoriana una grandísima importancia. A pesar de haberse pronunciado en contra de la frase un insigne poeta, que tiene la modestia de ocultarnos que él las hace — lo cual, sépalo para su satisfacción, no es cierto — es indudable, no sólo que constituye un elemento estético importante, sino que sólo los hombres de gran imaginación son capaces de hacerlas: porque la frase es, por punto general, un salto gigante del primero al último término de una concatenación, y cuanto más apartados estén estos términos y mejor presentada la relación, tanto más talento revela en el que la establece, y mayor es el placer del lector al descubrirla.

A veces de un poeta no se inmortaliza más que una sola frase, como no ha quedado de Quintana más que aquello de

Inglés, te aborrecí; si héroe te admiro.

Calderón, el más grande de nuestros poetas dramáticos, usa y aun abusa de la frase; y en cuanto á Campoamor, tiene tantas, que renunció á citar ninguna, por no atreverme á elegir entre un número tan considerable, iguales todas en hermosura y grandeza.

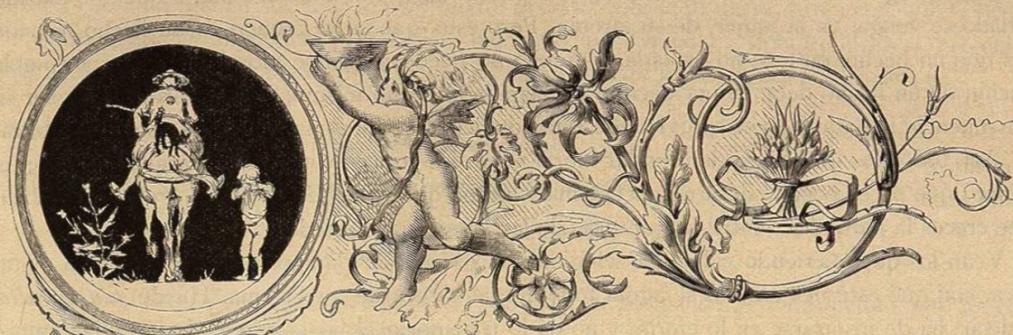
Se ha culpado á Campoamor de descuidado en la forma, por esos contrabandistas inversos que inflan las composiciones y almidonan después su flácida epidermis, para hacer creer en las aduanas literarias que llevan género de consumo; cuando la propia redondez de la mercancía indica bien á las claras que es aire y no otra cosa lo que contiene.

No eludiré el ataque: en los versos de Campoamor, macizos de ideas, nóntanse algunas veces á través de la envoltura las angulosidades del contenido. Pero circunscribir una esfera al poliedro, sería aumentar inútiles segmentos, y la escuela de Campoamor hace la guerra á lo superfluo; inscribir la esfera, esto es, limar las aristas, sería desvirtuar el pensamiento, y la idea debe resaltar en toda su pureza.

Las pocas veces, pues, que los versos de Campoamor resultan duros ó premiosos, es porque no puede ser de otro modo. Cuando un pensamiento no encaja por completo en el molde de la rima, es menester resignarse y sacrificar la tersura de ésta á la realidad de la idea; que sucede con ella lo que con esos sólidos geométricos, en los que, modificada una arista, todas las demás se modifican, ó mejor todavía, lo que con esas *lágrimas batávicas* que hacen los fabricantes de vidrio, y que se desmoronan y reducen á polvo por el más pequeño encuentro ó el choque más insignificante.

Creo que la verdad de esta proposición por sí misma se impone; mas si por provenir de mis labios desautorizados pudiera ponerse en tela de juicio, hable por mí el celebrado vate castellano Sr. Núñez de Arce, y dirá en su prólogo á los *Gritos del combate*:

«Cuando, desconociendo su potencia intelectual y creadora, se cuida más de la forma que de fondo, y pretende competir con sus hermanas en belleza plástica y armónica, la poesía desfallece y decae.....; la materia se le escapa de entre las manos, quiere sujetarla y abraza el vacío. La poesía, para ser grande y apreciada, debe pensar, sentir.....»



VIII

MORAL

Como quiera que forzosamente ha de resultar una moral de la acción que el poeta desenvuelva, se ha concedido gran importancia á este elemento de la obra artística, y ha sido esta cuestión objeto de amplios debates.

Sin tener la menor idea de lo que es virtud ni vicio, en las escuelas se enseña todavía el clásico precepto de que la virtud triunfe y el vicio sea anatematizado; precepto que ha caído en desprestigio á los golpes de la realidad, donde por una fatalidad deplorable parece que sucede lo contrario. Además se ha dicho que esta especie de fatalismo inverso acostumbraba al hombre á fiar sobradamente en la Providencia, y que era preferible que, siempre mirando arriba, no descuidásemos por completo nuestros personales esfuerzos.

Los que siguieron el opuesto camino, fundaron una moral desconsoladora: sin duda más humana, aunque igualmente arbitraria, pero tan amarga, que si aquélla arrancaba una sonrisa de incredulidad, ésta sería capaz de hacer llorar á las piedras.

En esto Pedro A. de Alarcón tuvo la suerte de descubrir que todos los poetas, menos Ovidio, habían sido moralistas de primer orden, y la no menos grande de demostrar con la *metafísica y con los hechos*, que existía entre la bondad, la verdad y la belleza una unión hipostática allá..... no sé dónde; con lo cual, y á la vuelta de muy ingeniosas consideraciones, nos quedamos sin saber qué moral podía esperarse del arte.

Y no quiero hablar de esa otra congregación de hombres buenos, sublimes filántropos preocupados con dar solución á imaginarios problemas sociales, como si en la sociedad hubiese un solo problema no resuelto de antemano por la ley natural. No hablaré de ellos; creo con el Dr. San Martín, que el papel del médico termina en el diagnóstico de la enfermedad, y que en el descubrimiento del remedio hay algo de puramente casual que, por serlo, no puede ser exigido en un momento dado al hombre de ciencia.